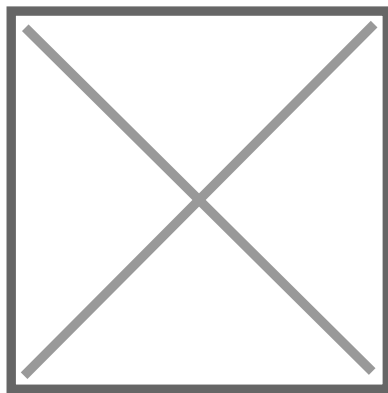




Hija de Mario Góngora: "Mi cuando leyó a Nietzsche"

El nombre de Mario Góngora ha vuelto a resonar en nuestros oídos con motivo de la aparición del reciente libro "Civilización de Masas y Esperanza (y otros ensayos)", que contiene, tal vez, sus reflexiones más profundas, brillantes y originales, a juicio de sus editores.

Allí está él —a través de sus ensayos, documentos, extractos de entrevistas— envuelto en esa parquedad suya llevada al límite, a la vez que dueño de esa magnífica contabilidad intelectual, la que ha hecho gravitar su pensamiento no sólo entre discípulos y profesores de su época, sino también más allá de las fronteras, convirtiéndolo en uno de los historiadores latinoamericanos de mayor prestigio y resonancia en el continente.

A dos años de su muerte, "La Segunda" ha querido descubrir, al margen de los datos consignados en el currículum, las facetas más íntimas y personales del afamado historiador, el que, por lo demás, y en razón del extremado pudor que lo aquejaba, poco y nada dejaba traslucir de aquellos miridos y fantasmas, sensaciones y obsesiones que habitaban angustiosamente al interior de su alma, y contra los cuales luchó sin descanso, en el ánimo de alcanzar la paz interior que siempre anheló y esa felicidad que junto con aprehenderla, sentía que se le escapaba.

De todo ello conversamos con María Eugenia —hija única de Mario Góngora y María Elena Díaz— quien, con alguna dificultad, nos permitió esbozar un breve perfil suyo antes de internarnos en aquellas zonas más desconocidas de la vida de su padre.

Ella nació en Sevilla, cuando Góngora trabajaba en el archivo de Indias. Su estado civil: soltera. "No me parece tan fundamental el problema del matrimonio, como la experiencia auténtica del amor", confiesa. Es pedagoga en Francia y profesora de Literatura Medieval Española en la Universidad de Chile, además de haber realizado estudios de postgrado en España e Inglaterra.

En el ámbito de lo político, se define como una anarquista, aunque sus afinidades afectivas e ideológicas siempre han estado más bien inclinadas a la izquierda que a la derecha. "Recién últimamente he tenido la experiencia de haberme hecho amiga de gente de derecha y he sido una sorpresa muy agradable darme cuenta que me he podido conectar con ella", dice.

—¿Habrá advertido que también tienen alma...?

Echa hacia atrás su cabeza y su pelo largo, rubio y liso, despeja un rostro con aires paternos, del cual brota una sonrisa carajosa, la que es acompañada de una acotación ingeniosa. Porque ella no sólo heredó la impulsividad y la impaciencia de su padre, sino también su sentido del humor.



Humor del fino, aunque no exento de picardía.

Anticlerical, por tradición familiar, cuenta que siempre discutía con su padre, con motivo de que "a él le importaba mucho la Iglesia Católica".

En suma, de quien más cerca se sintió María Eugenia en su infancia y juventud fue de su abuela paterna —doña Eugenia del Campo—, ya que sus padres viajaban permanentemente: "o si no viajaban, yo sentía como que estaban viajando...", y fue la influencia de esta mujer "todopoderosa", independiente, sensible, la que iría proyectándose en su nieta, hoy dueña de una personalidad original y auténtica, distante de moldes o estilos tradicionales.

HIJO DE DESAPARECIDO...

A la pregunta de por qué Góngora era todo lo retruido y adusto que se veía —y ante lo inevitable que resulta encontrar así siempre las respuestas en las experiencias de infancia de las personas—, nos enteramos de que el padre de nuestro historiador, el que fuera cónsul en Bolivia, era un jugador empedernido, razón por la cual nunca fue capaz de procurar el sustento para su mujer y sus cuatro hijos. Por este motivo, siendo éstos

muy pequeños, fueron testigos de la separación de sus padres y no volvieron a saber nunca más qué había ocurrido con el destino del papá. Ni cuando ni dónde murió, se enteraron sus hijos. Un auténtico desaparecido...

Gracias al parentesco de la abuela con la superiora de la Protectora de la Infancia —cuenta su nieta—, la familia fue acogida allí a su regreso de Bolivia. Así se iniciaba la dura vida de aquellos pequeños, quienes junto a doña Eugenia —fuerte y vital— fueron construyendo a pulso sus propias identidades.

Construir la suya no fue, para Mario Góngora, tarea fácil, ya que él aumentaba, sin quererlo, el caldaje de su propia dificultad debido a su fuerte complejo de fealdad. "Mi padre se sentía poco atractivo —recuerda María Eugenia— y toda la vida le dio quehacer la realidad de aquellos seres privados de belleza. Como es posible que haya personas que no despierten amor alguno, se preguntaba a menudo, sin poderlo comprender..."

EL AMOR DE RILKE

Tema recurrente era, para él, el del amor. Teñido también por esa visión dramática y angustiosa que tenía de la vida, del devenir histórico, de las

cosas en general, el amor parecía para él una constatación más bien trágica y dolorosa, expectante e insalvable, difícil y sufrida. Era Rilke, el poeta que le hablaba al oído sobre las distancias de un amor inalcanzable en sus ansias de plenitud.

"El fue todo lo feliz que podía ser —reconoce su hija—, queriéndonos mucho a mi mamá y a mí. Ambos se conocieron haciendo clases en el Colegio Saint George. Fue Roque Esteban Scarpa quien los presentó. Se casaron cuando mi papá tenía 32 años. Siempre decía él que lo más importante en su relación con mi mamá fue el que ésta haya sido su mejor amiga, valor que él consideraba fundamental y permanente en la relación de pareja."

Separó Góngora, sin embargo, su vida profesional de la vida familiar, y es así como no permitía que su mujer y su hija asistieran a sus charlas, conferencias y actuaciones públicas. Le daba una vergüenza tremenda el ser observado por ellas, en esas circunstancias. Dudaba, por lo demás, de la capacidad femenina para comprender la historia, mirada que iría modificando con el tiempo, debido a que tuvo alumnas muy destacadas que le permitieron comprobar lo contrario.

DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA AL PC

Respecto de su ser cristiano, Góngora mantenía una estrecha relación con Dios, en tanto creía firmemente en la fuerza de los sacramentos y los ritos. Se confesaba y comulgaba muy seguido. Siempre sintió que la Iglesia le concernía, no obstante, cada día se fue sintiendo más distante de la evolución que ella iba teniendo.

En cuanto a su pensamiento político, en su juventud fue un decidido admirador del "lado republicano" de la guerra civil española. En Barcelona, y luego en París, trabó amistad con intelectuales que compartían dichas ideas. Ninguna simpatía sintió nunca por Franco, el que, a su juicio, había destruido a España.

Fue alrededor de los 20 años que Mario Góngora ingresó a las filas del Partido Comunista, como militante de sus juventudes. Etapa dura para él, debido a que muchos amigos suyos católicos lo dejaron de saludar ("él se acordaba de todos y con uno de ellos"). No menor dolor le provocó un conflicto que tuviera con el vate Neruda, al interior del partido.

—¿Y cómo se produjo su alejamiento del PC?

—Fue en un verano, en Cartagena, cuando se puso a leer a Nietzsche, y una vez que lo había terminado, confesó que había llegado a la conclusión de que la vida era demasiado amarga para aquello que él había estado viviendo

Hija de Mario Góngora, "Mi padre dejó de ser comunista cuando leyó a Nietzsche" [artículo] Rosario Guzmán Errázuriz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Guzmán Errázuriz, Rosario, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hija de Mario Góngora, "Mi padre dejó de ser comunista cuando leyó a Nietzsche" [artículo] Rosario Guzmán Errázuriz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile